



VOL. II

RELATOS ASLOGHIANOS

TERROR
COTIDIANO

PROLOGO

Otra vez hemos vuelto al terror, puede ser porque la vida en este mundo da verdadero miedo y no sabemos gestionarlo mejor que escribiendo estos relatos y tú leyendo este fanzine para huir un poco del mundo que nos consume poco a poco.

La cotidianidad que nos rodea es terrible y cualquier persona lo podrá ver en su día a día, ¿A quién no le asusta no llegar a fin de mes? ¿A quién no le abrumba esas voces en su cabeza que le dicen “*salta*”? ¿Quién no se asusta al ver que se le acaba el paro? Nuestra vida nos aterra. Nos hace llorar y nos crea pánico.

Este fanzine trata de eso, de cosas de nuestro día a día, como puede ser ir a comprar, el trabajo o nuestra propia cabeza.

Cada relato tiene un toque de humor y caos, como todo lo que escribo, pero dentro de todo eso hay algo más. Esa crítica social, ese grito de rabia que no sale por la boca, esas lágrimas que nos guardamos o esos pensamientos intrusivos que decimos que no existen, pero sí que existen.

Poco más puedo decir de esto, es la segunda parte y si habéis leído la primera sabréis el cachondeo y las locuras que pasan aquí (si no has leído la primera parte te recomiendo leerla, es muy chuli).

Lo único que diré es que el último relato “*Huída*” puede llegar a ser duro. El aviso es que contiene temas de suicidios, pero lo que quiero con ese relato es que penséis más allá de eso, ¿por qué pasa todo eso? ¿Qué puede llegar a significar cada escenario? Lo he dejado al final por si no os apetece leer eso, ya que para algunas personas puede llegar a ser doloroso y revivir momentos traumáticos.

Y con esto ya podéis empezar a leer. Recordad que el caos, el amor y la alegría nos sacarán de esta vorágine de terror, angustia y aburrimiento.

POR UNA COSA NO PASA NADA

Su nevera estaba casi vacía, es verdad que tampoco es que estuviera llena muchas veces ya que solía estar bastante vacía por culpa del precio del alquiler y tener que vivir ella sola en un piso de mierda a un precio desorbitado. Era la hora de ir a hacer la compra. Cogió su bolsa de rafia del Mercadona y se fue a comprar con pereza y angustia por el precio de los alimentos.

A la entrada estaba su amigo Pape pidiendo algo de comer. Siempre que pasaba le saludaba y le daba algo suelto, ya que siempre se portaba con ella y se conocían desde hace unos años.

Pasó la puerta y cogió un carrito de la compra para no tener que llevar todo en la bolsa. Tampoco tenía que comprar muchas cosas ya que no tenía tanto dinero, pero demasiado cargaba en el curro ya como para coger más peso ahora.

Empezó a comprar lo que tenía apuntado en el móvil: tofu, pan, tomate frito, guisantes, garbanzos, macarrones, arroz y curry. Al llegar a la sección de especias agarró el curry y miró el precio, casi mete un grito al ver el precio, aunque pudo ahogar el grito con su boca y no dar el cante en medio del Mercadona.

— No me lo creo, ¿cómo puede costar tanto algo que viene tan poco?

— dijo en susurros mientras giraba el curry mirando por todos lados si tenía oro o algo más caro para tener aquel precio.

En aquel momento un pensamiento le cruzó la mente y se quedó allí divagando un rato *“guardalo en el bolsillo, nadie se va a dar cuenta. Ni siquiera el segurata”*. El sudor empezó a caer por su frente, era la primera vez que robaba algo, nunca había pensado en ello y mucho menos lo había llevado a cabo. Miró a ambos lados, luego las cámaras, luego otra vez a los lados y con mucha rapidez, y algo de torpeza, se lo guardó en el bolsillo del pantalón que por suerte era bastante profundo y no sobresalía.

Con tanto nerviosísimo se fue del Mercadona a la caja para pagar olvidando que le faltaba el tomate frito. No podía aguantar la adrenalina y el miedo de haber robado. Pagó rápidamente todo y guardó la compra en su bolsa haciendo que se cayera al suelo y tuviera que recogerlo. Se despidió de la cajera y salió por el arco sudando mucho. El curry no pitó. Nada más pasar las puertas y ver que nadie le había parado su cara cambió de golpe. Ahora sonreía y estaba dando pequeños saltos. Con tanta felicidad le dio a su amigo Pape un billete de cinco euros. Ya en casa sacó el curry, y la comida, dándose cuenta que le faltaba el

tomate frito, tendría que volver y aquello le hizo que un pequeño calambre de adrenalina le recorriera la espalda de arriba a abajo.

Por la tarde volvió al Mercadona a comprar lo que se había olvidado, pero de paso se metió en la espalda un tofu y unas cuantas especias en los bolsillos. Pagó con tranquilidad y salió sin pitar. Se sentía impareable. Ahora que podía conseguir las cosas gratis, ¿por qué iba a pagar? ¿Por qué tenía que dar dinero a unos explotadores de mierda que no han dado el palo en su vida?

Su mente había cambiado por completo. Según salió del Mercadona no pensó en ir a casa descansar en su día libre, pensó que cosas podía ir a robar. El centro no le pillaba lejos y estaba lleno de tiendas donde conseguir cosas gratis. Dejó la compra en casa y se fue al metro.

— A ver que me ofreces tú — susurraba mientras se abrochaba su chaqueta más gorda para que le entrara más objetos robados.

Lo primero que hizo en el metro fue saltar los tornos, ¿por qué voy a pagar el metro si es público? ¿Por qué hay que dejarse dinero en un servicio vital? Puso sus dos manos en los tornos y saltó, ya lo había visto muchas veces mientras ella, como una tonta, pagaba.

En el vagón podía ver caras largas, ella solía ser una de ellas, pero hoy no. Hoy estaba radiante y con ganas de conseguir aquel libro tan caro que había fichado hace unas semanas en el Fnac.

Llegó al centro y fue directamente al Fnac, sabía qué libro quería y donde estaba, para eso tenía aquella chaqueta negra tan grande para que no se notara que tenía nada en la espalda. Fue a la sección de fantasía y cogió el libro, pero antes de guardarlo recordó que una vez al comprar un libro aquí vio que podía tener una alarma en la parte trasera del libro. Abrió el libro, como si estuviera leyendo la contraportada y vio que no tenía nada. Lo llevó en la mano, como si fuera a pagarlo, y se lo guardó en la espalda haciendo que su pantalón y bragas lo agarraran bien para que no se cayera hasta el culo. Antes de irse vio un jueguito de cartas que tampoco ocupa mucho. Lo puso en su mano y con rapidez se lo metió en la manga. Llevó sus manos al bolsillo y se fue por el arco sin que pitara. Otro triunfo más para su nómina.

Los días pasaban y ella seguía robando más y más. Después de seguir robando durante semanas y meses, se había convertido en una experta. Sabía que con cortar las alarmas de alambre podía salir sin pitar. Sabía que algunas alarmas se inhabilitan si las envuelves en papel de aluminio. Encontró el truco de ir a probarte ropa, llevar dos sudaderas iguales sin que se vieran las dos y dentro del probador ponerte una

debajo de tu ropa y dejar la que sobra a la dependienta. Nada podía con ella. Aunque ahora ya no le animaba robar todo eso, quería un nuevo reto. Iba a robarse a un segurata, en su mochila seguro que entraba.

Las puertas se abrieron al detectar que ella venía. Se subió al segundo piso y allí estaba su objetivo. El de seguridad que siempre seguía a la gente latina para ver si estaba robando. Iba a quedar genial en su casa al lado de la estantería llena de libros robados. Se acercó con cuidado, abrió la cremallera de la mochila. El segurata reaccionó girando sobre sus talones al escuchar ese sonido que significaba que alguien iba a robar. Nada más girarse una mano agarró su cabeza con fuerza y la metió en la mochila. La mano era demasiado fuerte y no podía resistirse, así que entro de lleno en la mochila, aunque un brazo sobresalía, pero ella sabía que podía pasar eso. Sacó un machete que tenía en el pantalón y lo cortó de un tajo, como quien corta la alarma de un libro y se va, dejando allí el brazo sangrando y un charco de sangre. Le dio una patada al brazo dejándolo debajo de unos abrigos para que nadie viera que había pasado.

Al salir de la tienda iba chorreando sangre por todos lados y el de seguridad de la puerta le gritó:

— ¡Chica! ¿Estás bien? ¿Por qué estás sangrando tanto? — el señor se acercó corriendo a ella. Aprovechó el momento para levantarle del suelo con una mano y con mucha rapidez guardarlo en su espalda ahogándolo al segurata con su cinturón. Nadie vio nada por la rapidez de esta chica. Así que salió sin pitar y se fue a la tienda de enfrente, aún le entraban un par de seguratas más por el cuerpo. El primero lo guardó entre sus piernas haciendo que sus piernas sobresalieran por fuera, pero con su enorme abrigo lo tapó separando sus piernas lo máximo posible haciendo un crujido en sus caderas. El otro decidió descuartizarlo y meterlo en sus bolsillos poco a poco. No le entraba todo lo que había cortado, pero sí que pudo guardar su cerebro, sus orejas y algunos dedos.

En casa sacó a los 4 seguratas, ya muertos de asfixia y por la pérdida de sangre por culpa de la falta de su brazo. Los dejó al lado de su estantería y sonrió:

— Quedan muy bien aquí — se quedó mirando en silencio y vio que quedaba un pequeño hueco — Ahí cabe un encargado. Recuerdo que el de La Casa del Libro gritaba bastante a las empleadas.

NADIE ME ENTIENDE

El baño estaba sucio, era normal ya que es un sitio concurrido y donde ninguna persona se preocupa por la limpieza ya que “ya lo hará limpieza, para eso está”. A Manuel le tocaba ese baño, así que llevó la mopa y los trapos, y según entró, puso el cartel de suelo mojado para que nadie le molestara. Manuel lo limpiaba con una sonrisa en la boca, en cambio, todas sus compis lo limpiaban con cara de asco y por encima. A nadie le puede gustar limpiar la mierda del retrete de alguien que tiene diarrea. Nadie entendía a Manuel, ya que lo limpiaba a conciencia, dejaba todo el lavabo blanco, como si acabarían de ponerlo nuevo.

Se ponía de rodillas y frotaba con fuerza el suelo tan malo que habían puesto y tan duro que hacía que fuera difícil quitar las manchas, pero él lo quitaba con mucho esfuerzo y dolor de espalda, ya que sus 40 años no iban a perdonar una vida de trabajos de limpieza. Mientras limpiaba el suelo con su estropajo el teléfono empezó a sonar. Lo sacó y vio que ponía “encargada”. No tardó en cogerlo y preguntar qué pasaba.

— Oye Manu, se ha caído café en la galería, ¿puedes ir a limpiarlo? Ya se que es casi la hora de irse, pero no tardas nada en pasar la mopa.

Manuel aceptó sin rechistar, como hacía siempre. Terminó el baño y salió con su carro a paso ligero a donde estaba la mancha. Le pasó la mopa mojada un par de veces y se dispuso a dejar su material para cambiarse. Nada más darse la vuelta una voz amarga le habló:

— Fregona, ¿puedes limpiar esto? Que se me ha caído a mi también. No puedes dejar eso sucio, eh— la señora señaló un poco de helado de fresa en el suelo y se fue sonriendo pensando que había hecho una buena acción al decirle que tenía que limpiar más de lo que le habían mandado.

— Claro, señora, ahora mismo — respondió Manuel con una sonrisa. La señora se fue y él lo limpió en unos segundos. Ahora ya sí que podía irse a los vestuarios.

Mientras todas las compañeras se cambiaban e insultaban a sus jefes, a la gente que ensuciaba los suelos y a quienes les miraban con desprecio, Manuel sonreía y no decía nada. Simplemente no le molestaba ser la última mierda.

— Manuel, ¿por qué limpiaste el helado? Anda y que le jodan a la puta vieja de mierda— le dijo Marga que justo pasaba por allí y vio la escena.

— Porque es nuestro trabajo, Marga — respondió con orgullo — Además, tampoco es una molestia.

Las compañeras se miraron entre ellas y siguieron criticando a todo el personal que había en el hospital.

El chico llegó a casa después de casi una hora de transporte público, ya que vivía lejos debido al alto precio de los alquileres. Al entrar por la puerta su marido salió a darle un beso en la boca y su perro Chopper también se unió al saludo dando saltitos encima de su pierna.

— ¿Cómo ha ido hoy el curro, cielo? — preguntó Saúl mientras ponía la mesa para cenar.

— Como siempre. Entretenido, ¿tú qué tal hoy? — dijo Saúl mientras cogía un trozo de pan para untar en la crema de calabaza.

— Pues mira, la verdad que una mierda. No va un gilipollas y dice que... — paró de hablar mientras miraba estupefacto a su novio — ¿Qué estás haciendo?

— Nada, nada. Sigue hablando que te escucho — la voz de Manuel sonaba debajo de la mesa que estaba recogiendo las migas de pan que se habían caído.

— Nada, déjalo — bufó Saúl — ¿Tienes ganas de las vacaciones? Ya he pillado el sitio para dormir en Vigo. La casa parece enorme y preciosa. ¡Tiene un jardín precioso!

Manuel asentía mientras limpiaba una pata de la mesa que había visto que tenía una pequeña mancha de alguna salsa que se cayó en alguna de sus comidas.

Los días pasaban lentos y la obsesión de Manuel por el trabajo no descendía, es más, aumentaba y eso asustaba a su novio. Pensaba que en el viaje a Vigo se le pasaría un poco esto, que lo que realmente necesitaba era alejarse de los horarios, las rutinas, las malas miradas y las quejas de su encargada por cualquier gilipollez.

— Te va a encantar la casa, es súper bonita. Tiene una terraza que da al bosque — Saúl conducía y Manuel estaba de copiloto mirando en la guantera con curiosidad — Las gafas no están ahí, las tengo yo en la mochila.

— Eh — Manuel salió de su estupefacción y miró con mala cara a su novio — ¿Por qué está tan sucio? ¿No lo has limpiado? Así nunca vas a conseguir nada.

Se puso a limpiar la guantera con un paño que sacó del bolsillo derecho del abrigo comprado en Humana. Saúl se quedó petrificado y con mala hostia al escuchar semejante comentario fuera de lugar. Respiró hondo, miró a la carretera atentamente y dejó pasar el comentario.

Llegaron a la casa al cabo de unas horas de tedioso y silencioso viaje con la radio de fondo. Saúl agarró la mano de su novio y con una sonrisa se acercaron a la puerta donde estaba la chica que le iba a dejar el piso.

— ¡Bienvenidos! ¿Cómo os ha ido el viaje? — la casera les habló de cosas banales durante un rato para después dejarles las llaves — Cuando os vayáis dejad las llaves en la entrada y pegad un portazo. Así la que limpia sabrá donde están las llaves y me las entregará. Pasad un buen finde y si tenéis algún problema llamadme al móvil.

La casera se fue con chulería y ellos dos entraron por la puerta con alegría y asombro. Nada más entrar vieron lo bonita que era la casa, el anuncio no era mentira. Saúl daba vueltas por la casa con cara de felicidad, como un niño que le regalan lo que quiere por Navidad. Entró a la habitación, que era enorme con una cama amplia y bastante cómoda. Llamó a Manuel y este no tardó en llegar.

— Mira la cama, cariño. Es bastante amplia, ¿no? — Saúl empujó a su novio contra ella mientras este se quitaba la camiseta con rapidez — Es cómoda — se puso encima de Manuel poniendo su culo contra su pene y empezaba a dar saltitos notando poco a poco que se iba poniendo dura — Y encima podemos hacer tooooooo el ruido que queramos.

Manuel agarró su culo con fuerza y lo azotó haciendo que su novio jadeara, eso le ponía muy cachondo. Levantó su tronco y empezó a besar el pecho de Saúl. De pronto, paró de besar y acariciar.

— No me lo puedo creer — Manuel apartó rápidamente a Saúl y se levantó para ir directamente al cristal que tenía el armario de enfrente de la cama.

— ¿Qué pasa? ¿Hay cámaras? Les voy a pegar una hos.... — paró de hablar cuando vio como su pareja sacaba el mismo paño que sacó en el coche y empezó a limpiar el espejo.

— Es que esto es un cachondeo, ¿quién coño limpia aquí? Mira, no ha limpiado ni los dedos que alguien habrá apoyado antes de estar nosotros. Voy a poner una queja en cuanto llegue a casa. No se puede ir a una casa y que esté así — Saúl se puso la camiseta con malas formas y se fue a la cocina de mala gana.

— ¿Qué quieres cenar? ¿Pedimos algo? — gritó Saúl mientras las lágrimas le caían por las mejillas pensando en cuánto hace que no follaban, o simplemente, no tenían un hueco para estar ellos dos tranquilamente hablando de cualquier tontería y dándose caricias.

Manuel no contestó a los gritos, por lo que Saúl llamó a un restaurante sin decir nada más a su pareja. Si volvía a preguntarle sobre el mismo tema iba a estallar a llorar y no quería eso. Él iba a disfrutar de sus vacaciones. Ya sea su novio o sin él.

Al cabo de unos 50 minutos el timbre sonó, ya había llegado el repartidor. Saúl se estaba duchando, así que tuvo que ir Manuel a abrir la puerta, que todavía estaba limpiando algunas zonas de la casa. Abrió la puerta y vio a un chiquillo, de 20 años como mucho, sosteniendo una bolsa de comida.

— Son 23 euros, por favor — dijo el chiquillo con una media sonrisa mientras entregaba la bolsa.

— ¿Por qué has tardado tanto? — las palabras salieron solas de la boca de Manuel, como si estuviera programado para decir eso según apareciera el repartidor.

— Porque no estoy solo para ti. Tengo que hacer más entregas. ¿A ti qué te importa? ¿Acaso eres mi jefe o algo? — el repartidor se empezó a cabrear y el tono de voz, que ya era alto, empezó a aumentar sin darse cuenta.

Saúl escuchó las voces y salió corriendo de la ducha sin saber que pasaba. Ya fuera del baño y con una toalla que tapaba de cintura para abajo se asomó a la puerta y pudo ver a Manuel levantando al chico con una mano y con la otra apuntando el puño a su nariz.

— Encima está frío, ¿no piensas en la gente? Eres un vago de mierda — el puño iba a reventar la nariz de aquel chaval, pero Saúl pudo parar el golpe con un grito que hizo que se girase y soltase al repartidor, que aprovechó para salir corriendo sin mirar atrás ni cobrar los 23 euros.

— ¿Qué coño haces? ¿Eres gilipollas o qué te pasa?

— Ha tardado mucho y está un poco frío. No puede hacer eso. La gente...

— La gente, el trabajo, ¿tú estas tonto o qué te pasa? El chaval tendrá que estudiar, o simplemente estará hasta la puta polla del trabajo porque preferirá estar en cualquier otro lugar que currando. ¿Por qué te importa tanto todo eso? Deja tranquila a la gente, joder. No eres el jefe, ni lo serás nunca porque eres un puto currela más para llenar los bolsillos a otro empresario más. Disfruta de la vida, hostia — la cara de Saúl se puso roja de rabia y la vena de la frente le palpitaba con fuerza — Y ahora me voy a tomar algo y a salir de fiesta. Y no, no quiero que vengas. Quiero disfrutar de la vida, es decir, todo lo que no sea trabajar. Mañana te veo — se dirigió a la habitación, se vistió rápidamente y cerró la puerta de un portazo sin mirar la cara de su novio. Si es que acaso seguían siendo su novio.

Eran pasadas las 10 de la mañana y todavía no había vuelto Saúl. Las llaves sonaron y la puerta quedó abierta, alguien había entrado en la casa. Un saludo largo y eufórico hizo que Manuel se levantara del sofá. No era la voz de su novio. Asomó la cabeza y pudo ver que era la chica de la limpieza, una mujer latina de 45 años, con el pelo rizado con tintes rubios y con bastante estatura.

— ¿Eres tú quien limpia esta casa? — Manuel se acercó a ella con una gran sonrisa.

— Sí, bueno, está y unas cuantas más. — la mujer fue al armario donde estaba todo su material guardado — No hace falta que te levantes, cielo. Yo hago todo, ¿vale?

Manuel agarró el pelo de la chica por la espalda y la tiró contra el suelo haciendo que se rompiera la nariz. La arrastró hasta el cuarto mientras jadeaba y lloraba por el dolor. La puso mirando debajo de la cama y puso la rodilla contra la espalda de la mujer.

— ¿Esto es limpiar? Mira las pelusas, ¡MIRA! — gritaba lleno de ira. La levantó y la llevó a la cocina. Allí la estampó contra la encimera haciendo que sus costillas crujieran. Ella gimió del dolor, ni siquiera pudo gritar por el dolor provocado. Agarró su cuello y le reventó la cara unas cuantas veces contra el mueble donde se cortaba las verduras — ¿Y esto? Está sucio. Estás limpiando sobre grasa, debes quitarla antes. No tienes ni idea de limpiar. Así jamás llegarás a ser casera. No podrás alquilar casas a nadie. Eres una puta mierda.

Reventó la cara de la mujer varias veces por toda la casa dejando todo lleno de sangre, vísceras y piel que arrancó con sus propias manos cuando intentaba resistir con sus últimas fuerzas.

Paró de golpear a la mujer porque ya era absurdo seguir ya la había matado hace un buen rato. La puerta se volvió a abrir, ahora sí que era su novio. Nada más entrar y ver el escenario gritó presa del pánico.

— ¿Qué? ¿Qué? Qué hostias te pasa... Eres un puto asesino de mierda... — Saúl cayó de rodillas al suelo, se le había pasado la resaca de golpe.

— Se lo merecía, ¿no viste lo sucio que estaba todo? Eso no es trabajar, eso es vagar. Si no quiere trabajar, pues que no lo haga, pero que no nos joda.

Saúl salió corriendo de la casa sin decir nada más dejando a Manuel allí.

Él no dijo nada. Tiró el cadáver al suelo y se puso a limpiar todo con la calma. Alguien tenía que limpiar y hacer bien el trabajo, aunque eso implicase no tener más vida más allá de tu trabajo.

Al terminar el finde apareció la casera para despedirse y coger las llaves, ya que la que limpiaba sus casas no cogía las llamadas ni leía los mensajes que le dejaba.

— Espero que lo hayáis pasado genial — dijo la casera dando la mano a Manuel.

— Me lo he pasado genial, aunque mi novio me ha dejado. Es lo que tiene el trabajo, pienso demasiado en ello y a mi pareja eso no le gusta. Ya encontraré a alguien que le guste mi forma de ser — estrecharon sus manos con orgullo, como si fuera un símbolo de admiración hasta llegar a ser casera de esa enorme casa.

Manuel se fue por el camino andando, escuchando de fondo muchas sirenas de la policía y de la ambulancia. Él no podía parar de pensar en lo mal asfaltada que estaba aquella zona. ¿Quién ha hecho este desastre de camino?

HUIDA

Estaba arriba. No le había costado demasiado subir a la azotea de su edificio, sabía donde se guardaba la llave. Siempre estaba escondida en el marco de la puerta del ascensor del piso 11. Desde allí podía respirar. Nadie le podía molestar, nadie podía decirle nada, ahí se sentía feliz y libre por un tiempo, mientras el viento le acariciaba la cara como nadie lo había hecho nunca. Era su gran momento de intimidad y amor.

Se sentó en la cornisa y miró al vacío. Todo estaba muy alto, pero siempre pensaba que podía estar mucho más alto. ¿Qué pasaría si saltaba y caía encima de alguien? ¿Les peques se traumatizarían al ver su cuerpo estampado contra el suelo? La verdad que sería una pena aquello, demasiado tienen encima aguantando a sus familias, profesores y niños como para encima tener que ver como alguien caía de un piso salpicando todo el suelo de sangre y sesos.

Mientras pensaba en aquello una sombra parecía moverse. Alguien le estaba molestando en su momento de relax y por ahí si que no iba a pasar. Se levantó de la cornisa de un salto y se fue acercando hacia donde estaba lo que podía ser un animal, una persona o simplemente, algo que solamente estaba en su mente. Girando la esquina pudo ver a alguien con una capucha negra que al ver que se acercaba huyó del lugar.

— Eh, no corras, ¿qué haces aquí? — la pregunta quedó en el aire sin ninguna respuesta ya que desapareció bajando las escaleras — Será alguna niña pequeña que ha visto que estaba abierto y tenía curiosidad.

Cerró la puerta con cuidado y se volvió a su cornisa favorita. Y otra vez la sombra estaba allí, molestando de nuevo.

— No puede ser, ¿qué coño quieres? ¿Me quieres dejar en paz de una puta vez?— fue corriendo hacia la sombra que ahora ya no bajaba las escaleras sino que saltó hacia la siguiente azotea. Sin pensarlo fue tras suya haciendo lo mismo que la sombra. La siguiente azotea estaba lejos, pero sin saber cómo lo hizo, llegó al edificio que se veía tan lejos. En medio del salto se había convertido en un leopardo precioso y grande.

— ¿Qué ha ocurrido? — se acercó una de sus patas delanteras a la boca y la lamió con fuerza. Efectivamente era real, estaba a cuatro patas y su lengua era áspera. No le dio mucha importancia ahora ya que ahora sí que podría alcanzar su objetivo con facilidad.

El leopardo corrió escaleras abajo en busca de la sombra. La gente gritaba insultos y se alejaba del leopardo a su paso. Los padres apartaban a sus hijos de aquella bestia, algo que no le dio mucha importancia porque tenía un objetivo claro: dar caza a quien le había molestado en su momento de relax.

El encapuchado llegó hasta la planta baja del piso y salió por el portal ce-

rando de un golpe fuerte. El leopardo chocó de morros contra la puerta sin poder abrirla por culpa de no tener manos. Un rugido salió de lo más hondo de su corazón. Volvía a tener dos patas, ya no era un leopardo. Había vuelto a la normalidad cambiando una cosa: su cabeza era enorme y dura. Por culpa del peso cayó sobre la puerta haciéndola romper en pedazos y así poder seguir con la persecución.

Corrieron por las calles de su barrio, claro está que iba rompiendo todo a su paso al no controlar su cabezón. Rompía los cristales a su paso, las plantas e incluso a algunas personas que no conseguían esquivar las sacudidas de su cabeza. Iba arrastrando aquel lastre que tenía mientras se hacía un daño terrible, pero iba a dar todo para conseguir terminar aquella persecución que a cada paso era más estúpida.

Llegó hasta una colina enorme donde el peso de su cabeza no podía subir. Intentó subir una y otra vez, pero le era imposible subir, además el dolor de cabeza no ayudaba. Se tumbó en el suelo y se quedó allí respirando con fuerza. Tragó aire y se levantó. Ya no le pesaba la cabeza, no le pesaba nada. Era como si no fuera nadie, como si fuese aire. Aprovechó para subir la colina llena de gente que parecía no percatarse de su presencia ya que nadie se quitaba de en medio por mucho que gritara, ¿se había vuelto invisible? Para averiguarlo se acercó a una persona y le tocó el hombro por la espalda. Esta se giró y se asustó. Temblando miró a la persona que tenía a su lado y le dijo:

— Tía, creo que algo me ha tocado la espalda pero no veo nada, ¿ves algo? No será una araña, ¿no?— acababa de confirmar que así era, se había vuelto invisible. Sonrió al saberlo y fue andando hacia donde creía que había huído su enemigo, iba a pillarle sin necesidad de correr.

El encapuchado se encontraba entre una marabunta de gente paseando a su alrededor, nadie le hacía caso. Una adolescente se le quedó mirando un rato y se fue acercando hacia él, pero éste giró su cuerpo y huyó del lugar a paso acelerado. A la que andaba un golpe le vino por el lateral haciéndole caer al suelo. Se quedó mirando al cielo con lágrimas mientras sentía un peso sobre su cuerpo.

— Joder, ¿por qué hostias huyes? Ahora voy a ver quien eres — algo hablaba encima de su cuerpo, no podía verla pero sí sentir que allí estaba. Le quitó la capucha y pudo ver que se escondía, era una calavera. Todo a su alrededor empezó a desmoronarse y a perder el color hasta quedarse todo en blanco. Ya no estaba en su barrio lleno de gente, se encontraba en algo parecido a un programa de televisión.

La calavera ya no estaba allí, había desaparecido sin dejar rastro alguno. Podía ver que volvía a sentir. Sentía su peso, su cabello, su dolor, su todo.

— ¿Por qué me has tenido que seguir? — Una voz llena de dolor le habló desde la espalda. Se giró y vio a la calavera. Acababa de caer en que era la propia muerte— Nunca debiste seguirme. No quería esto, no mereces nada de lo que te ha pasado. No has hecho nada malo.

— No entiendo nada, ¿qué ha pasado? — se levantó del suelo con soltura y

se acercó a la muerte sin tenerle nada de miedo.

— No pasa nada, chiqui — la mano de la muerte le rozó la cara con dulzura, como si fuera el viento quien lo hacía en su azotea — ¿Cómo te llamas? ¿Cómo quieres ser? ¿Cual es tu género?

Las lágrimas inundaron su cara sin entender por qué estaba llorando, pero por primera vez se sentía libre y feliz. Era la primera vez que alguien le trataba bien, la primera vez que alguien le preguntaba por su nombre, por su género, por su cuerpo.

— Venga, vamos a jugar a algo. Respóndeme cuando quieras, ¿vale? No tenemos prisa — la muerte le pasó la mano por el hombro y le guió hacia un lugar que no se veía.

A su espalda había dejado un cuerpo reventado contra el suelo. Solo era eso, un cuerpo más en el suelo.

Muchas gracias por llegar hasta aquí. Os
quiero

Muerte al trabajo
Muerte a la compra
Muerte a todo que nos hace odiarnos

Quieranse mucho

DISTRI ASLOGH



VOL. II

RELATOS ASLOGHIANOS

TERROR
COTIDIANO